

PALOMA SÁNCHEZ-GARNICA



VICTORIA



PREMIO PLANETA 2024



Paloma Sánchez-Garnica



Victoria

Premio Planeta

2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Paloma Sánchez-Garnica, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: noviembre de 2024

Depósito legal: B. 17.554-2024

ISBN: 978-84-08-29585-3

Composición: Realización Planeta

Printed in Spain - Impreso en España



CAPÍTULO 1

Berlín, sector norteamericano. 16 de octubre de 1946

Victoria subió el volumen del viejo aparato de radio que había conseguido a cambio de una maleta de piel y que, además de escuchar música, le permitía conocer las últimas noticias. Con voz grave y monótona, el locutor informaba de las ejecuciones que se habían llevado a cabo de madrugada. Se trataba de diez de los más estrechos colaboradores de Adolf Hitler, en cumplimiento de la sentencia del Tribunal Militar Internacional constituido por los cuatro países vencedores de la guerra. El tortuoso juicio se había llevado a cabo en la ciudad de Núremberg, lugar simbólico del Tercer Reich: veinticuatro oficiales nazis de alto rango acusados; doce condenados a muerte en la horca, uno de ellos *in absentia*. Hermann Göring había conseguido evitar la humillación de la soga ingiriendo, tres horas antes, una cápsula de cianuro, pero los otros diez pasaron por el cadalso. Los cadáveres de los sentenciados serían incinerados, y sus cenizas arrojadas al río Isar para evitar futuros homenajes de sus vehementes partidarios, ahora callados, huidos y muchos de ellos ocultos bajo identidades falsas.

La puerta se abrió y apareció su hermana Rebecca: llevaba en brazos a la niña, despeinada y todavía somnolienta.

—¿Os he despertado? —Bajó el volumen de la radio.

—Apenas hemos pegado ojo. —La voz de Rebecca sona-

ba ronca y débil—. No ha dejado de moverse en toda la noche.

—La he oído llorar.

La pequeña se desperezaba frotándose las manitas contra los ojos.

—Tiene un poco de fiebre.

Victoria se acercó a su hija y le tocó la frente unos segundos con expresión preocupada.

—Ven con mamá. —La cogió en sus brazos—. ¿Cómo está mi tesoro?

La acunó bajo la atenta mirada de su hermana.

—Estuviste trabajando hasta muy tarde. Te vas a dejar los ojos con tanta fórmula.

—Me recuerdas a mamá —dijo Victoria sonriendo a su hermana antes de volver la atención a la niña—. Tiene unas décimas. Debería verla el doctor Wolf. ¿No te importa llevarla? Esta mañana he quedado con el profesor Seegers y...

—Por supuesto que lo haré —atajó Rebecca sin dejarla terminar.

A continuación reclamó a la pequeña, que de inmediato se inclinó hacia ella. Victoria tuvo que ceder y sus brazos quedaron vacíos mientras miraba cómo su hija se acurrucaba en el regazo de su tía.

—¿Quieres un café? —preguntó amontonando a un lado de la mesa la libreta, los papeles y los lápices con los que estaba trabajando—. Aún está caliente.

Su hermana aceptó y Victoria le sirvió una taza y puso a calentar algo de leche en el hornillo eléctrico.

—Hay que ir a por leche. Los cupones están en ese cajón. Tampoco hay mantequilla, y deberías ir a ver si han recibido carne. Llevamos dos semanas sin...

—Ya lo sé —la interrumpió de nuevo Rebecca, esta vez con un tono desabrido—. No me digas lo que tengo que hacer.

—No lo pretendía.

—Pues lo haces constantemente —replicó—. Me tratas como a tu sirvienta.

Victoria la miró unos segundos. Se dio cuenta de que su hermana apenas había dormido porque la niña había estado quejándose toda la noche; prefería que volcase su mal humor contra ella.

—Lo siento, tienes razón —se disculpó mientras ponía una caja de galletas encima de la mesa—. Están como una piedra, pero empapadas en la leche se pueden comer. Procuraré traer alguna cosa más, se lo pediré a Charlotte.

—No me importa ir a por leche y cuidar de Hedy —dijo Rebecca con un tono más suave.

Victoria asintió agradecida: sabía que su hermana haría lo que fuera por conseguir más comida para la niña. Con un suspiro cogió el cazo, vertió la leche caliente en un cuenco y lo puso en la mesa sobre un plato.

—No sé qué habría sido de mí sin ti, Rebecca —le aseguró mientras desmigaba dos galletas.

Su hermana le dedicó una mirada de desconcierto.

—Sé que soy un estorbo —dijo entre la queja y el reproche—. Estoy convencida de que si algún día tienes la oportunidad, te irás... —la miró con ojos desvalidos—, y si te llevas a mi niña... —Envolvió a Hedy en sus brazos estrujándola tanto que protestó, de modo que aflojó el abrazo y le acarició el pelo con ternura—. No podría soportarlo... Preferiría morirme a perderla.

—No digas eso. —Victoria restó importancia a las palabras de su hermana. Con una cuchara, removió la leche con galletas—. Sabes que nunca te dejaría. Siempre juntas, ¿verdad, Hedy? Las tres juntas.

—Mami, canta la canción de la luna —le pidió la niña con una sonrisa.

Victoria la miró enternecida. Cada vez se parecía más a ella; los mismos ojos, el pelo oscuro y abundante, sus cejas, la forma de la boca... Pensó que no había sacado nada de su padre.

Victoria cantó *How High the Moon*, una canción con la que Hedy siempre se quedaba embobada escuchándola, y que a Rebecca le gustaba especialmente. Su voz ocupó el aire, y por un momento desapareció toda preocupación.

Al acabar la melodía, Rebecca le habló sin apenas mirarla, pendiente de que la niña comiera.

—A ver si consigo unas manzanas y puedo hacer la *apfelkuchen*.

—Mmmm —musitó Victoria relamiéndose con los ojos cerrados—. Cuánto echo de menos esa tarta. Te sale tan bien...

Rebecca sonrió a su vez. Sabía que era la preferida de su hermana. Fue a poner la taza en la mesa y se fijó en el montón de papeles.

—Debes tener cuidado con tu trabajo: lo sueltas en cualquier sitio y un día la niña te va a hacer un estropicio. Esas hojas llenas de números y fórmulas la atraen como el mejor de los juguetes.

—No te preocupes —dijo haciendo una carantoña a la niña.

—¿Qué esperas conseguir? Llevas tanto tiempo con ese proyecto que parece el cuento de nunca acabar.

Victoria sonrió a su hermana y dejó la cuchara en el plato.

—Estoy desarrollando un sistema de cifrado que será impenetrable. Un lenguaje en clave para salvaguardar la privacidad de las comunicaciones.

—¿Las comunicaciones de quién?

—De aquel a quien le interese transmitir algo en secreto.

—Trataba de hablarle de tal forma que entendiera su trabajo, aunque sabía que era complicado—. Lo tengo muy adelantado. Pronto lo podré presentar.

—¿Presentarlo a quién? —insistió Rebecca.

—Eso aún no está decidido. Es un asunto delicado. El profesor Seegers dice que si se enterasen de lo que tenemos entre manos, lo querrían a cualquier precio, y por eso insiste

en que debemos mantenerlo en secreto hasta decidir lo que más nos conviene. Lo que sí te aseguro es que antes se lo entregaría al mismísimo diablo que a los soviéticos.

Rebecca cogió la cuchara y la llevó a la boca de la niña, pero esta la rechazó, volvió la cabeza y hundió la cara en su regazo, mimosa.

—Siempre has tenido una cabeza privilegiada —murmuró mientras arrullaba a la pequeña.

Victoria agarró la mano de su hermana; todo en ella irradiaba esperanza.

—Este proyecto nos sacará de la vida miserable en la que estamos atrapadas. Estoy muy cerca de conseguir algo importante y, cuando lo haga, nos iremos a Nueva York, las tres. —Observó la mirada de inquietud de su hermana—. Os sacaré de aquí, te lo prometo. Confía en mí, anda —añadió con dulzura.

Rebecca no quiso mirarla a pesar del gesto cariñoso de su hermana; se centraba en darle a Hedy otra cucharada.

La dicción monótona y grave del locutor anunció la hora: «Son las ocho en punto de la mañana».

—Se me hace tarde —dijo Victoria con un gesto apresurado.

Recogió los papeles en los que había estado trabajando hasta el amanecer y salió de la cocina. Al cabo, volvió a entrar para despedirse:

—Me voy. Luego me cuentas qué te ha dicho el doctor. —Le dio un beso en la frente a su hermana y otro a la niña en la mejilla—. Os quiero a las dos con locura —dijo dedicándoles una cálida sonrisa.

Rebecca sonrió con una gratitud tiznada de resentimiento. Envidiaba a su hermana mayor desde niña, más guapa y mucho más inteligente que ella. Victoria había heredado lo mejor de su padre y lo mejor de su madre, como si al nacer se hubiera quedado con todo lo bueno y le hubiera dejado tan solo las migajas. Ella era poco agraciada, su hermana una be-

lleza; su pelo era rubio pajizo, Victoria lo tenía negro y abundante; los grandes ojos verde esmeralda de esta nada tenían que ver con los suyos, pequeños y demasiado juntos; su boca, su piel, todo en Victoria era perfecto, y además era inteligente y brillante; había estudiado Física y Matemáticas, destacando en todo aquello que se proponía, y Rebecca no podía soportarlo, incapaz de hacer nada de provecho. Desde muy pequeña, su padre le recriminaba constantemente que era torpe y tonta, y que solo sabía estorbar, a veces con tanta inquina que le provocaba el llanto. Victoria siempre salía en su defensa y trataba de protegerla, pero esa actitud la irritaba aún más que los ataques directos de su padre, molesta por la paciencia que su hermana mostraba hacia ella a pesar de sus desplantes. El nacimiento de Hedy en plena guerra lo había cambiado todo: con Victoria centrada en otras cosas, de repente ella se hizo imprescindible en el cuidado de la niña, y ni pudo ni quiso evitar entablar una estrecha relación maternal con su sobrina. Había llegado a ponerla a su pecho desnudo al tiempo que le daba el biberón, por supuesto a escondidas de su hermana. En cuanto tenía ocasión decía que era su hija y, de hecho, así la consideraba. Esa niña se había convertido en el centro de su universo, la única razón por la que seguir viviendo después de los terribles zarpazos de la guerra y sus consecuencias. Hedy le había otorgado la fortaleza y resolución de las que había carecido toda su vida.

Victoria cogió el metro en Wittenbergplatz para dirigirse a casa del profesor Seegers, situada en Ziegelstrasse, un espacio sagrado donde nadie los molestaba y podían enfrascarse durante horas en su trabajo.

Sentada en el vagón del metro, se dejó mecer por el balanceo de la marcha. No se acostumbraba al aire viciado, mezcla de tabaco y el hedor a suciedad y pobreza que desprendían los cuerpos malnutridos y mugrientos. Se miró los

pies y los cruzó bajo el asiento para no ver los horribles zapatos que se le abrían por los lados. Suspiró consciente de la costra de miseria que la rodeaba, y no solo a ella: una sucia sordidez se había instalado en la mayoría de los ciudadanos que trataban de sobrevivir entre las ruinas de aquella ciudad asolada y dividida. Al terminar la guerra, los cuatro países vencedores se habían repartido el territorio de Alemania, y Berlín quedó como una isla en la zona de influencia rusa, por eso se emuló en la ciudad la misma división en cuatro sectores; los barrios del oeste quedaron bajo el mando francés, británico y norteamericano, y la parte este de la ciudad quedó bajo el control soviético. Hacia allí se dirigía ahora.

Al salir a la calle en la estación de Friedrichstrasse agradeció el frescor húmedo del ambiente. Echó a andar por Georgenstrasse, tomada por banderas rojas de la Unión Soviética. A lo largo y ancho del sector soviético, la imagen de Stalin colgaba de farolas o fachadas reclamando su espacio; esa proliferación de avisos le recordaba a los inicios del nazismo, el despliegue de enormes banderolas rojas con la esvástica negra sobre el fondo blanco, el rostro de Hitler en cada rincón, omnipresente, como un dios pagano que los había precipitado al más horrible de los infiernos.

Torció por la Geschwister-Scholl-Strasse, cruzó el puente Eberts y avanzó sorteando baches, flanqueada por edificios amputados y solares yermos de vida. Ella misma había contribuido durante semanas a retirar con sus propias manos los escombros de las calles una vez terminada la guerra, pero, a pesar de los esfuerzos, Berlín permanecía detenido en un tiempo gris que parecía no tener fin, ecos de una devastadora contienda que, un año y medio después de su aparente final, seguía latente allá donde posaras la vista. Las cosas apenas mejoraban o lo hacían con una desesperante lentitud.

Llegó al portal de los Seegers y, al empujarla, la pesada puerta de madera se abrió con un crujido como un largo lamento. Subió la escalera hasta el segundo piso. Antaño aquel

edificio había tenido cuatro plantas, pero las dos superiores habían desaparecido arrasadas por efecto de una potente bomba que dejó la estructura algo tocada, aunque no tanto como para evacuar los pisos inferiores milagrosamente salvados de la destrucción.

El profesor Seegers era un viejo catedrático que había sido apartado de la universidad por ser un judío mestizo, un *mischlinge* de segundo grado. Estar casado con una mujer aria le había evitado la deportación, iniciada para los judíos de Berlín a partir de octubre de 1941. Aun así, ni él ni ella se libraron de que les arrebataran casi todos sus derechos civiles, sociales y laborales, acorralados en una sociedad pervertida por un odio irracional. Eterno optimista, para contrarrestar el desaliento de su esposa, el profesor repetía una y otra vez que debían sentirse afortunados porque les habían permitido seguir respirando, y eso suponía futuro.

Victoria le había conocido en su primer curso de la universidad; sus clases eran tan interesantes que solía asistir a las que impartía en los otros grupos para seguir escuchándole. Le admiraba porque era un sabio, sus conocimientos habían sido un tesoro para ella; su serenidad y carácter amable, un bálsamo. Cuando le apartaron de su cátedra de Física en la Universidad de Berlín, a Victoria le pareció una tremenda injusticia. Con el fin de ayudarle económicamente, acudía a casa de Seegers para recibir clases particulares de sus asignaturas. Lo tuvo que hacer a escondidas y con una extraordinaria cautela, ya que el mero hecho de ayudar y relacionarse con un judío podía suponer serias dificultades con la Gestapo. Fue en aquellos tiempos cuando Victoria le habló de una idea que le estaba rondando por la cabeza, un sofisticado sistema de cifrado. Cuando le presentó los esbozos que había desarrollado, el profesor Seegers se mostró asombrado y, sin dudarlo, apostó por ella y por su proyecto.

No habían dejado de trabajar juntos ni siquiera al estallar la guerra. Todo se complicó cuando Victoria supo que estaba

embarazada. El mundo se le cayó encima, no quería ese hijo, no lo deseaba, llegaba en el momento más inoportuno, y se rebeló contra ese vientre cada vez más abultado hasta el instante del nacimiento. Sin embargo, cuando vio la carita de Hedy entre sus brazos se quedó prendada de aquellos ojos, de aquellas manos, de su arrullo y el olor de su piel, y sintió un miedo que nunca había percibido: el miedo a que le sucediera algo a su hija, miedo a que sufriera hambre o frío, miedo a cualquier sombra de amenaza que pudiera cernirse sobre su bebé. Su vida cambió desde entonces, y aquel proyecto se convirtió en una obsesión para ella, porque sabía (se lo había dicho el profesor) que podría sacarla de aquella Alemania arrasada con destino a Estados Unidos, la tierra soñada de las oportunidades.

Cuando Victoria llegó al rellano del segundo, se detuvo en seco. La puerta de los Seegers se encontraba entreabierta. Se acercó despacio, extrañada. Nadie en Berlín dejaba la puerta abierta; a veces, ni siquiera los cerrojos bastaban para evitar robos o intrusiones, con cientos de miles de almas pululando entre las ruinas de la ciudad en busca de un lugar donde refugiarse del frío y la intemperie. Pulsó el timbre y un desafinado chirrido resonó en el interior sin obtener respuesta. Empujó la puerta y habló al silencio gélido de la casa.

—¿Profesor Seegers? —Esperó unos segundos, atenta a cualquier ruido—. ¿Señora Seegers? —Volvió a esperar—. ¿Hay alguien en casa?

Se adentró por el estrecho pasillo en dirección al despacho que estaba al final del corredor, pero al pasar por la puerta abierta de la cocina, descubrió una figura tendida en el suelo, boca arriba. Alarmada, se precipitó hacia ella.

—Señora Seegers... Dios mío...

Tenía un tiro en la frente, que le había dejado un agujero con un hilillo de sangre y la expresión sobresaltada.

Victoria se alejó del cuerpo horrorizada, mirando a un lado y a otro, confusa, sin saber qué hacer. Aquella amplia

cocina, que tan bien conocía, la aprisionaba. Salió al pasillo y se dirigió hacia el despacho. Empujó la puerta entornada y un latigazo le recorrió el cuerpo. Papeles, pizarras, rotores y conectores... Todo estaba revuelto, como si un tornado hubiera barrido la estancia; papeles desparramados por todas partes, libros abiertos, tirados y desperdigados por el suelo. Bajo sus pies crujieron los cristales rotos procedentes de las puertas de una preciosa librería que había quedado hecha añicos.

El profesor Seegers se encontraba tendido en la alfombra, boca abajo.

—No... No... —murmuró mientras corría a arrodillarse junto a él, sin atreverse a tocarle. Le dio la vuelta con mucho cuidado. Tenía la cara llena de golpes y sangraba por la nariz, pero aún respiraba—. Profesor Seegers... Dígame algo... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Quién le ha hecho esto? —Se le quebraba la voz al salir de sus labios trémulos—. ¿Quién ha podido hacerle esto?

Le costaba creer que aún existieran aquellos violentos ataques contra personas tan inocentes e indefensas como aquella entrañable pareja de ancianos, de trato exquisito y siempre acogedores; por qué y para qué hacer daño a seres tan vulnerables. ¿Es que no habían tenido suficiente con todo lo que había pasado? ¿Es que nunca iba a acabar aquella barbarie volcada contra los más débiles?

Se debatía en la desesperación de la impotencia y la incompreensión, cuando el profesor se removió y abrió los ojos hinchados e inyectados en sangre; su voz surgió débil y quebradiza, apenas audible.

—Victoria... —le susurró—, menos mal que has venido...

Con su ayuda, consiguió incorporarse un poco.

—¿Quién le ha hecho esto? ¿Quién ha sido?

—Eso ya no importa... —Respiraba con dificultad—. Escúchame, tienes que hacer algo por mí... El buró, abre el compartimento secreto que está bajo el cajón...

Abrumada, no reaccionó a las instrucciones que le estaba dando.

—Voy a llamar a un médico, necesita un médico...

Hizo un amago de levantarse, pero el profesor le asió la muñeca con inusitada fuerza.

—No lo hagas... Ya no hay remedio para mí.

—Pero está malherido.

—No, no, no —repetía negando con la cabeza. Tragó saliva antes de continuar—. Ni médicos ni policía. Estamos en el sector ruso y te harán preguntas, y son ellos los que me han hecho esto. Escúchame bien porque no tenemos mucho tiempo; volverán en cuanto se den cuenta de que los he engañado. —Señaló un antiguo buró con la mano—. Bajo el cajón central, a la izquierda, hay una palanca; presiónala y se abrirá un compartimento. Ahí encontrarás un sobre con información muy delicada. —Su tono era bajo, renqueante, cada sílaba le suponía un esfuerzo.

—¿Y qué quiere que haga con él? —preguntó angustiada.

—Has de actuar con mucha cautela. El contenido de ese sobre puede ser tu salvación y la de tu hija, pero también puede ser tu perdición... —Hizo una pausa y prosiguió, consciente de que se le acababa el tiempo—. Debes acudir a los norteamericanos, ellos sabrán qué hacer con esa información...

Le interrumpió un acceso de tos que le estremeció de dolor. Victoria le observaba angustiada.

—Tiene que verle un médico... —Le rompía el alma ver a aquel pobre anciano, sentado en el suelo, abatido como un muñeco roto y maltratado.

—No hay tiempo. Victoria, escúchame bien. —La miró un instante, sus ojos exhaustos—. Stefan von Ribbeck estuvo aquí...

—¿Stefan está vivo? —se sorprendió ella.

—No sé si lo estará ahora, pero al poco tiempo de terminar la guerra me trajo esos malditos microfilmes. Me pidió

que los escondiera, y me aseguró que vendría a buscarlos en cuanto pudiera.

—¿Por qué nunca antes me dijo que había estado aquí? —preguntó algo aturdida.

—Me hizo prometer que no te involucraría en esto. No he vuelto a saber nada de él. —Pesaroso, negó con la cabeza—. Victoria, ese hombre... —la miró afligido—, ese hombre es un monstruo... Formó parte de la Fremde Heere Ost, la unidad de inteligencia liderada por el general Reinhard Gehlen. Sus métodos... —Calló unos segundos, tratando de reunir fuerzas—. Me contó... Me confesó cosas... —Se abismó en el amargo recuerdo de aquella visita, la voz de aquel hombre, el terrible relato de su arrepentimiento, la carga de su culpa volcada en la conciencia de aquel pobre anciano en un vano intento de aligerar su pena—. Para obtener información utilizaba los métodos más brutales y sádicos que puedas llegar a imaginar... Sus decisiones causaron la muerte y el sufrimiento de miles de inocentes.

Victoria permanecía atónita, demudada por aquella información referida al hombre al que había amado. Seegers la observó en silencio unos instantes.

—Creo que debías saberlo, para que actúes en consecuencia si algún día... Y ahora coge esos microfilmes y márchate. No debes estar aquí, es muy peligroso. Si regresan, te matarán.

—No pienso dejarle aquí...

—Haz lo que te digo —dijo con firmeza—, y no se te ocurra denunciar lo que has visto aquí, te pondrías en peligro. —La agarró con fuerza de la mano buscando toda su atención—. Prométeme que no avisarás a nadie, prométemelo.

—Se lo prometo —dijo ella conteniendo un llanto de impotencia.

Solo entonces el profesor soltó el amarre de la muñeca y cerró los ojos y se dejó caer lentamente.

—Vamos, márchate —susurró vencido.

—¿Cómo voy a dejarlo así?

—Te lo suplico... Hazlo por mí. Vete y sálvate...

En ese momento un ruido la alertó. Alguien había empujado la puerta del portal. Inquieta, se levantó y se acercó al viejo buró. Con premura, procurando controlar el temblor de manos, se arrodilló y metió los dedos por debajo del cajón central buscando algo parecido a una palanca. Oyó pasos en el rellano de la escalera. Continuó tanteando hasta palpar una pequeña clavija, la accionó y se abrió una trampilla y un sobre cayó al suelo. Lo cogió y se puso en pie. Los pasos estaban ya en el interior del piso. Apretó el sobre contra su pecho y, de puntillas para no hacer ruido, se coló en un hueco entre la pared y la librería justo cuando alguien llegaba al despacho. Los pasos se detuvieron por un instante y ella contuvo el aliento y trató de dominar el pánico, presionando en su regazo aquel sobre por miedo a que se le escapara de las manos.

La dicción ronca de un hombre rompió el silencio. Victoria no entendió nada de lo que dijo porque hablaba en ruso.

Se oyeron varios topetazos secos seguidos de amargos gemidos de dolor. Victoria comprendió que estaban golpeando el cuerpo del profesor. Cerró los ojos procurando dominar el horror de saber el trato al pobre anciano.

Entonces irrumpió la voz de otro hombre, seguida de un disparo que la sobresaltó hasta el punto de que casi soltó un grito. Con la mano libre se tapó la boca, en la certeza de que habían matado al profesor a sangre fría.

Los recién llegados seguían hablando: oyó más ruidos cerca del buró. En ese momento fue consciente de que se darían cuenta del compartimento oculto y entonces sabrían que alguien tenía que haberse llevado lo que ellos andaban buscando. Seguía sin comprender nada, pero percibía con toda claridad la amenaza.

Después de eso, Victoria notó que salían de la habitación; se mantuvo alerta hasta que oyó el retumbar de pasos que se

alejaba por la escalera. Solo entonces soltó el aire igual que si saliera de un agujero sin oxígeno. Cuando oyó el golpe de la puerta del portal al cerrarse, asomó la cabeza y vio al profesor en la misma postura que cuando le había dejado. El impacto le había destrozado el rostro. Se fue hacia la cocina. Vio su cartera tirada a un lado de la señora Seegers. La cogió dando gracias por que no la hubieran visto. Metió el sobre en su interior, se acercó a la ventana y se asomó con mucho cuidado a tiempo para ver cómo dos hombres —uno uniformado con casaca negra, el otro con gabardina y sombrero oscuro— subían a un viejo Opel negro. No pudo verles las caras, aunque se aseguró de memorizar la matrícula.

Cuando el coche se alejó, abandonó la casa y salió a la calle intentando mantener una calma que no tenía, tragándose el llanto, con el corazón roto por el final tan brutal del matrimonio Seegers. No podía creer lo que había sucedido. Hacía apenas unos días habían hablado del horror de los campos de exterminio nazis, los millones de víctimas del terror más extremo que pueda llegar a padecer un ser humano. El profesor Seegers le había confesado que daba gracias por haberse librado de aquel espanto. Sin embargo, cuando uno cree estar a cubierto de todo mal, surge un endriago malvado que vuelve a destruir todo lo bueno que queda.

Al llegar a casa, Victoria se alegró de que Rebecca hubiera salido con la niña. Tenía que ocultar aquel sobre. Junto a su cama, debajo de una raída alfombra, una tabla suelta dejaba una cavidad bajo el entarimado en la que solía esconder las cosas de valor cuando las tenía. Fue hacia allí directa, aunque antes no pudo reprimir la curiosidad de abrirlo y ojear su contenido. Sacó el rollo de acetato de celulosa. Con mucho cuidado lo fue desplegando al contraluz de la ventana. Sobre el plástico diáfano, con alguna dificultad por el tamaño de las letras, vio el nombre conocido: Stefan von Ribbeck, coronel

de la FHO. En ese momento el ruido de la cerradura le alertó. Con manos temblorosas enrolló con rapidez el microfilme, lo guardó en el sobre y se arrodilló para introducirlo en el hueco del suelo. Encajó de nuevo la tabla y justo cuando estaba colocando la alfombra se abrió la puerta. Estaba de espaldas, de rodillas en el suelo. La voz de su hermana la paralizó.

—Victoria, ¿cómo es que estás en casa?

Ella se giró tratando de transmitir tranquilidad.

—El profesor Seegers no se encontraba bien y... Bueno, lo hemos dejado para otro día —mintió.

—¿Y qué haces en el suelo?

Ella la miró pasmada, como si no entendiera la pregunta.

—Ah... Estoy... —Se levantó mientras se atusaba la ropa y el pelo—. Estaba buscando un lápiz que se ha ido rodando debajo de la cama.

Su hermana la miró como a un niño pillado en falta.

—Estás sudando. ¿Qué escondes?

—No escondo nada.

Justo entonces entró Hedy y se abalanzó hacia su madre, que la cogió en brazos y la abrazó con la grata sensación de que la había salvado. Rebecca la observaba sin decir nada.

—¿La has llevado al médico? —le preguntó Victoria mientras salía de la habitación.

Su hermana fue tras ella, hacia la cocina.

—Sí. Le ha recetado comida caliente —respondió en tono sarcástico—. Dice que está muy débil y tiene pocas defensas. Va a cumplir cinco años en febrero y tiene el cuerpo de una niña de tres.

—Dios santo —murmuró Victoria con un ademán desesperado.

Dejó a la niña en el suelo de la cocina e hizo un gesto hacia la mesa, donde estaba la mochila de Rebecca.

—¿Te ha cobrado algo?

—Me ha dicho que ya le pagarás tú.

—Pasaré a verle en cuanto pueda —dijo con voz neutra—. ¿Has conseguido leche?

—Un cuarto de litro, además de un trozo de manteca, tres patatas y un trozo de pan más duro que una piedra. Ni carne ni nada parecido. Esos putos *amis*.

—Rebecca —la reconvino muy seria—, no hables así delante de la niña.

—¿Es que tú no lo piensas?

—Es el precio que estamos pagando —replicó Victoria mirando los escasos productos desperdigados sobre la mesa.

—No nos mataron con las bombas y ahora pretenden hacerlo de hambre —añadió Rebecca con un gesto de asco.

Se hizo un silencio entre las dos hermanas. Victoria suspiró.

—Habrá que buscar comida de otra forma.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Rebecca a sabiendas de lo que se proponía su hermana—. Es peligroso y no quiero que te suceda nada.

—Elegiré bien, no te preocupes.

Sabía de lo que hablaba. Una horda de soldados rusos había violado a las dos hermanas en los últimos días de la guerra. Rebecca acabó contagiada de gonorrea y habría muerto de no ser por los cuidados de Victoria y la penicilina que había conseguido para ella. Rebecca nunca le preguntó cómo la había obtenido y a qué precio, pero desde entonces, cada vez que visitaba al doctor Wolf para que las atendiera a ellas o a la niña, siempre pedía que fuera Victoria a cancelar la deuda.

—Me duele la cabeza —se excusó Victoria—. Voy a dormir un poco. Esta noche tengo que ir al Cassandra.

El Cassandra Club había conseguido resurgir de la ruina y continuar en su labor de entretener y divertir, no a los berlineses, sino a los ocupantes, los vencedores de la guerra. Desde su reapertura, la dueña, Charlotte Nyssen, le había ofrecido a Victoria la oportunidad de ganarse doscientos marcos a

la semana como solista de la orquesta de Heiko. Además, solía darle objetos de lo más variopinto que luego podía cambiar en el mercado negro, con lo que complementaban la nimia dieta de las cartillas de racionamiento.

—Victoria, ¿qué ha pasado? —insistió Rebecca antes de que saliera de la cocina.

—No ha pasado nada —contestó ella con aspereza.

—A mí me pides que confíe en ti, pero tú nunca lo haces conmigo. Siempre te guardas tus secretos.

Victoria la miró con fijeza. Su hermana tenía un sentido especial para detectar sus estados de ánimo. Era insistente y tenaz, como un depredador a la caza de su presa. Debía andarse con mucho cuidado, no quería ponerlas en peligro a ella y a la niña. Por eso decidió darle algo para calmar su curiosidad.

—Los Seegers han muerto —dijo con voz fría.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé —respondió aturdida—, me los he encontrado así.

—¿Y por qué me has dicho que habíais aplazado la reunión? ¿Por qué mentir?

—Me he asustado, eso es todo. No me lo tengas en cuenta, por favor. Y no le des más vueltas —dijo tratando de escapar de la mirada analítica de sospecha que su hermana tenía clavada en ella—. No me encuentro bien.

Le dio la espalda y se encerró en su habitación.

Victoria se dejó caer en la cama mientras oía la voz de la niña contándole algo a su tía. Un montón de dudas la asaltaron. Stefan von Ribbeck era el padre de su hija, aunque él nunca llegó a saberlo porque llevaba sin verle desde mayo de 1941, cuando aún desconocía que estaba embarazada. Lo que el profesor Seegers le había contado sobre él le resultaba doloroso, pero tampoco le sorprendía; el nazismo primero y la guerra después habían convertido a muchos hombres buenos en asesinos inmisericordes. Se preguntaba por qué razón

Stefan le había llevado esos microfilmes al profesor Seegers poniéndole en peligro. Debía meditar muy bien qué hacer con ellos. Lo que tenía bajo sus pies suponía una amenaza de muerte, no solo para ella sino también para su hija y su hermana. Los que lo buscaban seguirían intentando dar con ello, y había comprobado cómo se las gastaban.

Dejó escapar un largo suspiro y posó la mirada en la estantería, atestada de libros de física, cálculo, electrónica y tratados de criptografía, mezclados con alguna que otra novela; observó la pizarra colgada en la pared, similar a la que tenía el profesor Seegers en su casa, donde hacía cálculos matemáticos, desarrollaba secuencias de algoritmos y elaboraba esquemas de sus pensamientos y averiguaciones antes de plasmarlos en las libretas o en hojas sueltas para llevárselo después al profesor. Sintió un escalofrío, plegó las rodillas hacia el pecho, se rodeó las piernas con los brazos y dejó que el llanto contenido fluyera a sus ojos. Lloró durante mucho rato, aturrida, sin saber qué hacer ni cómo actuar. Se dio cuenta de que se había quedado sola, que ya no tendría el consejo y la protección de ese hombre sabio y bueno; había desaparecido la seguridad que le aportaba su presencia. Se sintió atrapada en aquella ciudad en la que cada vez le resultaba más insufrible subsistir.

Pasó todo el día tumbada en la cama, dándole vueltas a esa encrucijada. Oía a su hermana trastear con la niña, pero no quiso salir ni siquiera para comer. Si no tuviera la imperiosa necesidad de cobrar lo que Charlotte le pagaba, habría renunciado a ir al *Kassandra*, pero necesitaba cantar para seguir adelante. Con los cupones de las cartillas no serían capaces de mantenerse ni una semana.

Apenas tenía un paseo de diez minutos desde su casa hasta el club, pero cuando enfiló la *Bundesallee* y sintió el aire frío de la noche colarse a través de la lana tazada de su abrigo,

pensó que no llegaría nunca. Apresuró el paso, esquivó un tranvía y enseguida aparecieron el luminoso de letras doradas del *Kassandra Club* y las pintadas de la fachada escritas con toscos trazos negros en las que se podían leer frases que se repetían por todas partes, como un siniestro recordatorio: ¡ESTA CIUDAD ES CULPABLE! ¡ALEMANES, VOSOTROS SOIS CULPABLES!

A lo largo de la acera había aparcados varios jeeps militares y elegantes coches bien lustrados. Un grupo de soldados bulliciosos se arremolinaban en la entrada del local; algunos de ellos iban emparejados con chicas alemanas, a la vista de todos, sin ocultarse, obviando los remilgos normativos, cada vez más ignorados, de no confraternizar con alemanes.

Evitó a la gente que se agolpaba en la entrada y empujó la puerta giratoria mientras miraba de reojo el cartel que rezaba: PROHIBIDA LA ENTRADA A CIVILES ALEMANES. Ya en el interior, se adentró por el corredor que llevaba al camerino.

El *Kassandra Club* conservaba el esplendor de antaño en sus distintos espacios y su decoración de brocados rojos y dorados, ya reparados la mayoría de los desperfectos que el edificio había sufrido sobre todo en las últimas semanas de la contienda. Sin embargo, la clientela carecía del glamur de antes de la guerra. Emulando la división de la ciudad acordada por los gobiernos vencedores, los clientes se distribuían en cuatro zonas bien delimitadas, sin llegar a mezclarse. Al haber quedado el local en el sector estadounidense de la ciudad, eran mayoría los soldados y oficiales norteamericanos que ocupaban las mesas a la derecha del escenario, cerca de la barra; los ingleses y franceses se sentaban en esa misma franja rodeando la zona de baile, mientras que los rusos se agrupaban justo al otro lado, separados por el pasillo de entrada como frontera imaginaria. Los camareros, embutidos en impolutas levitas blancas, iban y venían con las bandejas cargadas de *bocks* o de otras bebidas espirituosas. Los sones de la música ahogaban las voces y risas de la clientela, ilumi-

nada por la luz lechosa de las bombillas circundadas por densas guedejas de humo.

Al tiempo que Victoria se despojaba del abrigo, en la puerta del camerino apareció Charlotte Nyssen. Nadie sabía su edad, aunque la dueña del local debía de haber cumplido de largo los cuarenta años. Era alta y esbelta, y su aire distinguido le daba una apariencia inaccesible. Sostenía entre los dedos una larga boquilla negra con un cigarrillo insertado en la punta. Iba peinada con un moño alto, bien maquillada; su vestido era austero pero elegante.

Victoria se metió detrás de un biombo para cambiarse.

—¿Cómo estás? —preguntó la dueña.

—Me preocupa Hedy —dijo desde el otro lado de la mampara—, está muy débil, ha tenido fiebre, es muy pequeña y no come lo suficiente. Necesito un extra. —Calló un instante; a pesar de que ya había pasado por esto, le daba mucha vergüenza pedírselo—. Alguien de confianza.

Salió del biombo sin mirarla, intentando alcanzar la cremallera del ceñido vestido de seda rosa que se le pegaba al cuerpo como la dermis de una sirena. Charlotte se acercó a su espalda y subió el cierre muy despacio, incapaz de quitar los ojos de aquella piel blanca, de aquellos hombros perfectos, de aquella nuca despejada.

—Déjalo de mi cuenta —indicó con seguridad—. Procuraré encontrarte lo mejor. —Chascó la lengua contrariada—. Aunque ya sabes que no me gusta que te entregues a ese tipo de negocios, Victoria. Tú vales mucho más que eso.

—No te preocupes —le dijo esta tratando de restar importancia al asunto—. No lo pienso. Es algo ajeno a mí. Lo único que me importa es alimentar y vestir a mi hija.

Se sentó delante de un espejo con tres bombillas encendidas en la parte superior, y empezó a maquillarse. El amplio escote resaltaba su cuello y el inicio de su pecho, embutido en lo angosto de la seda.

Charlotte rompió el incómodo silencio.

—Esta noche hay mucho personal. La gente está contenta con lo de Núremberg, como si esas muertes hubiesen puesto un punto final a una página negra de este país.

—Yo no creo que haya acabado nada. —Victoria hablaba mirándose al espejo, acercándose y alejándose una y otra vez, manejando con destreza brochas y pinturas de distintos tonos aplicadas en párpados y mejillas—. Esas condenas apenas cubren un mínimo de la gigantesca cantidad de cuentas pendientes que ha dejado esta maldita guerra. Nunca quedarán saldadas.

—Tal vez tengas razón, al menos para los alemanes. Pero nuestros clientes son los vencedores; para ellos es una victoria más y quieren celebrarlo, están más alegres y consumen más.

Victoria continuó en silencio con el ritual frente al espejo. Le costaba entender aquella euforia, aquel afán de celebrar la muerte, aunque fuera de unos indeseables.

Los acordes de *In The Mood* interpretados por la orquesta del viejo Heiko se mecían en el aire.

—Un hombre ha preguntado por ti. No ha dado su nombre. Solo me ha dicho que quiere hablar contigo. Ha insistido mucho en verte en privado, aquí, en el camerino; por supuesto, le he dicho que eso era imposible.

Victoria le dedicó una sonrisa agradecida a través del espejo: no era la primera vez que aquella mujer la protegía del incómodo acoso de algunos hombres que pretendían de ella algo más que escucharla cantar.

—Puede que me equivoque —añadió Charlotte—, pero creo que lo que busca no pretende encontrarlo debajo de tu ropa.

Victoria había continuado con su acicalamiento, sin dejar de mirarla de reojo, alarmada. Se preguntaba quién querría hablar con ella. Sabía que allí estaba protegida. Nadie le haría daño en aquel entorno, pero después de lo de esa mañana en casa de los Seegers, no podía evitar sentir miedo.

—Y entonces, ¿qué quiere de mí?

—Ya te lo he dicho: según él, hablar contigo, y tiene prisa.
—Con arrogante parsimonia, se llevó la boquilla a los labios y dio una larga calada. Luego dejó escapar el humo muy despacio—. Parecía desesperado.

Victoria se puso de pie, ajustó los dos broches dorados prendidos en la seda del vestido a cada lado del escote, y se calzó los zapatos de fino tacón.

—¿Quién no lo está en estos tiempos?

La voz de un hombre se oyó desde el pasillo.

—¡Dos minutos!

Era Kovalenko, el encargado de la seguridad en Kassandra, que también la avisaba del tiempo que le quedaba para el comienzo de su actuación.

Charlotte metió la mano en el bolsillo de su vestido, sacó un tubo de agujas y un carrete de hilo y lo dejó sobre el tocador.

—Yo no doy ni una puntada y últimamente están muy cotizados.

Victoria se volvió hacia ella y le sonrió azarada.

—Charlotte, no sé cómo agradecerte todo lo que haces por mí...

—No tienes que agradecerme nada —dijo en un tono indulgente. Se alejó hacia la puerta y se giró con una sonrisa ladina—. Tu público te espera. No le defraudes.

Se dio la vuelta y se marchó.

Victoria metió el hilo y las agujas en el bolso, y se miró al espejo. El maquillaje había disimulado algo las profundas ojeras que se le habían formado bajo los ojos. Se encontraba cansada y el dolor de cabeza no se le había pasado en todo el día, pero tenía que salir a cantar. Tomó aire, soltó un largo suspiro y reaccionó cuando oyó de nuevo el aviso de Kovalenko.

La recibieron en la sala con un entusiasmado aplauso, gritos, voces y jarana hasta que comenzó la música y se apaciguó el jolgorio. Con movimientos pausados, creando la atmósfera

adecuada, Victoria se situó en el centro del escenario, agarró el micrófono con las dos manos, cerró los ojos y empezó a cantar. La voz cálida y seductora inundó todo el local con la melodía de *How High the Moon*. El foco de luz dirigido hacia ella dejaba el resto en penumbra. El humo del tabaco enturbiaba el aire y las puntas incandescentes de los cigarros se encendían un solo instante cada vez que unos labios los aspiraban. Una tras otra interpretó las cinco canciones de aquella primera parte de su actuación. Al finalizar su particular versión de *I've Got my Eyes on You*, un estruendo de aplausos irrumpió en la sala; las luces se encendieron, los soldados clamaban por aquella voz prodigiosa.

Fue entonces cuando le vio. Sentado en el lugar más recóndito del lado ruso, muy cerca del extremo del escenario; no aplaudía, permanecía mirándola impertérrito ante la algarabía reinante, cual fantasma venido del pasado.

Con los suaves acordes de la trompeta de Heiko interpretando *Pick Yourself Up*, Victoria dejó el escenario y caminó despacio entre los veladores, haciendo caso omiso a las llamadas de los clientes que la reclamaban a su lado. Llegó frente a él, pero no se sentó, sin dar crédito aún a lo que veían sus ojos.

—Stefan...

No sabía qué pensar, no sintió alegría pero tampoco indiferencia; no podía obviar que la descarnada realidad sobre él que le había confesado el profesor Seegers había deteriorado definitivamente el recuerdo que guardaba de aquel hombre.

—Hola, Victoria —respondió él con una sonrisa tensa.

Había perdido el porte atractivo de antes de la guerra: mucho más delgado, pálido, los ojos hundidos y sin brillo; del pelo, antes abundante y rizado, apenas le quedaban unos ralos mechones greñudos. Vestía un traje oscuro y camisa clara no muy limpia y mal planchada; el nudo de la corbata estaba caído. Nada que ver con el tipo elegante, presumido y arrogante que siempre había sido.

—Creí... —Calló y tragó saliva para humedecer la garganta seca—. Me dijeron que habías muerto.

—Espero no haberte defraudado —añadió él con expresión apacible.

Victoria se sentó mientras se preguntaba hasta qué punto aquella aparición estaría relacionada con los microfilmes que en ese instante se hallaban a buen recaudo bajo el suelo de su casa. Debía estar alerta.

—¿Has sido tú quien ha preguntado por mí? ¿Por qué no has dicho quién eras?

Stefan extendió las manos sobre la mesa y, con delicadeza, sin dejar de mirarla a los ojos, asió las de ella.

—Escúchame —le dijo con gesto apremiante—, no tengo mucho tiempo. Necesito que vayas a ver al profesor Seegers.

Ella parpadeó aturdida, separó sus manos y se irguió en la silla.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó.

—Necesito que le pidas algo que guarda para mí.

Victoria le miró durante unos largos segundos. Le veía tan agobiado que llegó a sentir lástima por él.

—El profesor Seegers está muerto.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo? —balbucía trastornado—. ¿Qué...? No puede ser... Él... No puede ser.

—Esta misma mañana los he encontrado a él y a su esposa en su casa... Asesinados a sangre fría... Me habló de ti, de que fuiste a verle nada más acabar la guerra. —Abrió las manos y arrugó el ceño—. ¿Por qué no viniste a verme? ¿Dónde has estado todo este tiempo? —Pensó en Hedy. Se echó hacia atrás pegando la espalda al respaldo de la silla, como si buscara poner distancia—. Tienes una hija de cuatro años.

Stefan la miraba entre el pasmo y el desconcierto.

—¿Una hija?

—Se llama Hedy.

Se llevó las manos a la cara y se mesó el pelo.

—Dios santo... —Volvió a posar los brazos sobre el vela-

dor con la intención de tomar las manos de Victoria, pero ella las mantuvo bajo la mesa, fuera de su alcance. Sonaba pesimista—. Tan solo puedo acudir a ti. El profesor tenía algo que me pertenecía, necesito recuperarlo, me va la vida en ello.

En ese momento Kovalenko se acercó a la mesa y le tocó el hombro.

—Victoria, tienes que salir ya.

La orquesta de Heiko empezaba a tocar los primeros acordes de *Bei Mir Bist Du Schön*. Ella no se movió, fijos los ojos en Stefan, que se aferraba a su mirada, su única tabla de salvación.

Kovalenko insistió.

—Ya voy —dijo ella, antes de dirigirse a Stefan—. Tengo que subir al escenario. Espérame aquí y hablaremos cuando termine.

El rostro de Stefan volvió a reflejar una profunda aflicción.

—No puedo, Victoria —le dijo con la voz desgarrada de un sentenciado a muerte—. Mi tiempo se acaba. Eres mi última oportunidad...

Ella se levantó y le apretó la mano.

—Hablaemos luego.

Le dio la espalda y se dirigió al escenario. Cuando se volvió hacia el público para empezar a cantar, vio su mesa vacía.